9964

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

SATURNO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DOMINGO GUERRA Y MOTA

MADRID
CEDACEROS 4, SEGUNDO
1895

10

A mi querido y buen amigo el aplaudido y estudioso actor D. Enrique Saavedra

como recuerdo

D. Guerra y Mott

SATURNO

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/saturnojuguetecm25110guer

ADMINISTRACIÓN
LÍRICO-DRAMATICA

SATURNO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DOMINGO GUERRA Y MOTA

Estrenado con buen éxito en el TEATRO CERVANTES de Sevilla la noche del 23 de Marzo de 1895

SEVILLA

IMP. DE FRANCISCO DE P. DÍAZ, GAVIDIA 6
1895

REPARTO

Personajes	Actores
MARÍA	Sra. D.ª Amalia Sandoval.
ROSARIO	Srta. D.ª Milagros Pierrat.
BLASA	Sra. D.ª Micaela Calle.
ROQUE	Sr. D. Carlos Barrilaro.
NICOLÁS.	„ „ Waldo Fernández.
EL ALCALDE. . .	„ „ Carlos Tojedo.
CARLOS	„ „ Luis L. Echaide.
PERICO	„ „ Mariano Utrilla.
COLÁS	„ „ Enrique Nieva.
NIÑO (de 12 á 14 años)	„ „ Sandoval.

Época actual

Las indicaciones están tomadas del lado del espectador.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El Autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á MI BUEN AMIGO

DON CARLOS TOJEDO

Como recuerdo por la admirable interpretación que hizo de su papel de Alcalde en esta obrita.

Su afmo.

El Autor.

~~619453~~

668594

ACTO ÚNICO

Casa de un pueblo de Andalucía. Tapia al foro con puerta en el centro. A la izquierda fachada de la casa con puerta de entrada y en segundo término otra puerta. A la derecha pabellón con puerta y sobre él una pequeña azotea á la cual se sube por una escalera que estará colocada frente al espectador. En la azotea habrá los objetos que se marcan en el diálogo y estarán colocados de modo que se vean, sobre todo el anteojo que estará apoyado sobre tres varillas á la altura de un hombre y sobre las que podrá girar en todas direcciones. En el centro de la escena algunos árboles y asientos. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MARIA, ROQUE y COLÁS

Roque sentado leyendo un diario. María y Colás en segundo término junto á la segunda puerta. Colás con un plato.

MARÍA. Ya lo oyes, Colás. Que no vayan á ser tus cosas. Echa bien en los comederos de la pajarera el huevo y pan rayado para las crías, y que no te lo comas, ¡zopenco! porque vengo observando que desaparece muy pronto.

COLÁS. Señá María, mire usted que son los ratones los que se lo comen.

MARÍA. Anda, anda y haz lo que te digo.

COLÁS. Bueno. (Váse segunda izquierda.)

ROQUE. Me dá lástima, muger, de ver como tratas á ese muchacho.

MARÍA. Porque es muy bruto.

ROQUE. ¿Y què quieres? ¿Que lo mande á su casa y se muera de hambre el pobrecillo?

MARÍA. No, eso no. Pero tiene una que hacerlo todo.

ROQUE. Aunque él fuera de otro modo serías tu lo mismo. Tu no puedes estar parada.

MARÍA. Tienes razón. En cuanto estoy quieta un momento se me duermen las manos y los piés y me entran unas hormiguillas que... ¿Pero que estás leyendo?

ROQUE. Nada, muger. Estaba preocupado y para ver si me distraía, cogí este diario.

MARÍA. ¿Qué te sucede?

ROQUE. Pensaba en Nicolás.

MARÍA. ¡Pobrecillo! ¿No se ha levantado todavía?

ROQUE. Ya he sentido ruido en su habitación, pero todavía no ha salido. Hoy hace un año que el pobre perdió la cabeza con esa maldita astronomía.

MARÍA. Es verdad. Desde entonces no ha dicho una palabra formal, ni contesta acorde á lo que se le pregunta.

ROQUE. Esa idea fija en su cabeza le ha hecho perder el juicio. Ese observatorio, (señala á la azotea) como él lo llama, me causa espanto, y hay momentos en que de buena gana rompería todos esos bártulos que le han puesto en ese estado.

MARÍA. No, Roque, no hagas eso; se irritaría más. No hay que contradecirle en nada. Ya sabes lo que dijo el médico, que en paz descanse, hay que seguirle la corriente.

ROQUE. Si, el bueno de D. Diego era un bendito, pero no sabía una palotada de medicina, sinó hubiera curado á mi Nicolás. Hoy tengo una esperanza con el nuevo médico que llegó anoche. Me lo presentó el alcalde. Hoy tomará posesión y vendrá por aquí. Es un muchacho muy listo al parecer. Dios quiera iluminarlo.

MARÍA. Dios lo haga. Sabes que al decirle anoche á Rosarito su apellido, dijo que lo había oído nombrar mucho

cuando ella estuvo educándose en el colegio de la capital y que era una gran cosa; que era, ¿cómo dijo, cómo dijo?, una cosa así *albañista* ó *ebanista*.

ROQUE. Mujer, ¿que estás diciendo? Eso es un disparate.

MARÍA. Yo no sé esas cosas, pero que era un médico que curaba á los locos. Mira, ella te dirá como se llama eso. Voy ahora á ver lo que está haciendo Blasa, porque no me fío de esa muchacha. (Váse 1.ª izquierda.)

ROQUE. Y yo voy á llegarme á la huerta á ver lo que hace la gente.

ESCENA II

ROQUE y PERICO

PERICO. (Por el foro.) Buenos días, señor D. Roque.

ROQUE. Adiós muchacho.

PERICO. ¿Se ha levantado ya Nicolás?

ROQUE. No ¿qué querías?

PERICO. Que me encargó anoche que le trajera hoy por la mañana una vara muy larga con un trapo negro en la punta y aquí se la traigo, porque si no se la traigo me dá luego un puntapié.

ROQUE. ¿Y para qué quiere eso?

PERICO. Eso le dije yo y me contestó lo que le voy á decir yo á usted; ¡zopenco, para espantar los pájaros! y si no echo á correr me larga el regalito consabido.

ROQUE. ¿Pero donde va á ponerlo?

PERICO. Toma, toma, en donde tiene el *tiliscopio* largo. Ahí arriba en el *bienteveo*.

ROQUE. Bueno, pues llámalo y dáselo. (Se va por el foro.)

PERICO. Vaya usted con Dios.

ESCENA III

PERICO y NICOLÁS

PERICO. (Se va á acercar á la puerta del pabellón y se retira aparentando miedo.) ¡Pues no me da miedo de acercarme! ¿Estará

contento? ¿Pero y si no lo está y...? Vamos allá. (Llamando á la puerta.) ¡Nicolás! ¡Nicolás! (Riendo.) ¡Je, je! ¡Que bruto soy! ¡Pues no le estoy llamando por su nombre! Así no me contesta. (Volviendo á llamar.) ¡Saturno! ¡Saturno!

NICOLÁS. (Dentro y con mucha entonación.) ¿Quien anda ahí?

PERICO. (Retirándose asustado.) Nadie, nadie. ¡Pues no me he asustado...! ¡Animo, Perico! (Acercándose.) Soy yo.

NICOLÁS. (Lo mismo.) ¿Y quien eres tu, insensato?

PERICO. ¿In qué? No me ha conocido, no me ha conocido. (Acercándose.) Soy Perico, digo no, no, soy Meteoro.

NICOLÁS (Más cariñoso.) Hola, Meteoro, allá voy.

PERICO. (Retirándose.) ¡Ay, ya viene, ya viene! ¡Ya está aquí!

NICOLÁS. (Saliendo por la puerta del pabellón. Vestirá traje negro.) Buenos días, Meteoro.

PERICO. Muy buenos. (¡Pues si está muy cariñoso!)

NICOLÁS. ¿Qué me traes?

PERICO. La bandera que me encargaste anoche.

NICOLÁS. ¡Ah, ya! Dámela.

PERICO. (Alargándole el palo.) Vaya.

NICOLÁS. (Cogiéndola.) ¿Traes la cuerda?

PERICO. Si, aquí está. (La saca del bolsillo.)

NICOLÁS. (Con entonación cómica.) Pues sigue mi ruta y ayúdame á colocarla en el observatorio. Vamos. (Sube por la escalera á la azotea.)

PERICO. (Y que no hay más remedio que obedecerlo.)

NICOLAS. (Con imperio.) ¿No subes, Meteoro?

PERICO. (Subiendo y resbalándose.) Sí, sí, allá voy, Saturno, allá voy. (Sube. Entre Nicolás y Perico amarran el palo á la baranda de la azotea.)

ESCENA IV

DICHOS: ROSARIO y BLASA.

BLASA. (Saliendo de la 1.ª izquierda.) Venga usted acá, señorita, que aquí estamos solas.

ROSARIO. ¿Pero que és lo que quieres? sepamos

BLASA. Que anoche cuando yo estaba en la puerta del corral pasó un señorito forastero y me dió una carta para usted, pero como yo tengo esta cabeza que Dios me ha dado se me olvidó dársela á usted anoche. Vaya la carta. (Se la dá.)

ROSARIO. Venga. (Debe ser de Carlos.) (Mirando el sobre.) (Sí, sí, es su letra.)

BLASA. Señorita, yo me voy para que no me eche de menos su madre. (Váse 1.ª izquierda.)

ESCENA V

NICOLÁS, PERICO, ROSARIO y á poco CARLOS.

ROSARIO. (Leyendo.) "Querida Rosario. Acabo de llegar al pueblo. El alcalde me ha presentado á tu padre y he quedado con él en ir mañana á tu casa para ver á tu hermano. Discreción. Tuyo Carlos." ¡Como me quiere y cuanto le quiero! (Viendo á Carlos aparecer en la puerta del foro.) ¡Pero que veo! Sí, es el, ¡Carlos!

CARLOS. (Entrando.) ¡Rosario de mi alma! Cuanto me alegro de verte. ¿Estás sola?

ROSARIO. Sí.

CARLOS. He cumplido mi palabra como ves, y ya me tienes de médico en el pueblo. Sólo por estar á tu lado he solicitado esta titular que apenas me dará para comer.

ROSARIO. Pero de este modo nos veremos todos los días.

NICOLÁS. (Con entonación.) ¿Quién es ese nuevo cometa que veo cerca de la luna?

ROSARIO. (A Carlos.) ¡Mi hermano, vete!

CARLOS. ¿El loco?

ROSARIO. Sí.

CARLOS. Luego vendré. ¡Adiós, vida mía!

NICOLÁS. Meteoro, baja y sepáralos no ocurra algún choque. Anda.

PERICO. (Bajando la escalera.) Voy, voy. (Se vá Carlos por el foro.)

ESCENA VI

ROSARIO, NICOLÁS y PERICO

Nicolás en la azotea hace algunas demostraciones de demencia.

ROSARIO. Hola, Perico.

PERICO. Buenos días, Rosarito. ¿Quién era ese caballero?

ROSARIO. El nuevo médico que me preguntaba por mi padre, y como no está en casa ha quedado en volver después. ¿Estabas con Nicolás?

PERICO. Si, me hizo subir, y á pesar de que le tengo cogido miedo, por los golpes que me dá de cuando en cuando, no puedo dejar de venir á verlo todos los días. El pobre era mi mejor amigo cuando tenía su cabeza sana. Me quería como á un hermano y en las riñas con los muchachos del pueblo, siempre tenía el brazo preparado para defenderme, y ahora, ahora lo tiene para pegarme. Estas son las cosas de este mundo... Cuando me dijeron que se había vuelto loco, no lo quise creer; pero cuando oí que á mi madre, la llamaba Libra pesando diez arrobas, y á mi Meteoro cuando no meto ni siquiera diez céntimos en mi casa, tuve que convencerme de que era verdad lo que decían.

ROSARIO. (Con pena.) Y una gran verdad desgraciadamente.

PERICO. Pero no hay que apurarse, que si el médico anterior no pudo curarlo, el que ha llegado anoche tal vez lo consiga, porque he oido decir que es un gran médico, que ha curado á muchos locos. Conque, hasta después, Rosarito, que me voy para mi casa porque luego dice mi madre que soy un zángano que no hago más que pasearme. (Se vá por el foro.)

ROSARIO. Adiós, Perico.

ESCENA VII

ROSARIO y NICOLÁS

NICOLÁS. (Bajando la escalera.) Voy á acostarme. La luna ilumina el firmamento y es hora de dormir. (A Rosario.) ¡Adiós,

pálido reflejo del sol!

ROSARIO. (Llamándolo.) ¡Nicolás!

NICOLÁS. (Con extrañeza y entonación.) ¿Eh?

ROSARIO. Saturno, espérate un ratito aquí conmigo.

NICOLÁS. No puedo. (Se vá por el pabellón cerrando la puerta.)

ROSARIO. (Marchándose por la 1.ª izquierda.) ¡Pobre hermano!

ESCENA VIII

ROQUE y EL ALCALDE

ALCALDE. (Entrando por el foro.) Nada, señor D. Roque, que han de llamar la atención las fiestas este año en el pueblo y usted como el mayor contribuyente contribuirá más que ninguno para la mayor brillantez de los festejos que empiezan pasado mañana.

ROQUE. Yo no estoy para fiestas, señor alcalde.

ALCALDE. Vaya, vaya, déjese usted de niñerías. Usted dará como todos los años, aunque yo había pensado que este año fuese más porque hay más gastos. Tengo preparada una cosa que se la voy á decir á usted. En el viaje que hice á la capital para las fiestas del Corpus Santo, vi una cosa que me llamó la atención y dije para mis adentros, pues yo no he de ser menos. El alcalde había colocado un gran arco de follaje en la plaza por donde pasaba la procesión y las autoridades, y dije: pues yo pondré otro en la plaza del pueblo que deje tamañito á ese y así vá á suceder. Cada alcalde pone el arco según su cabeza y la mía es más grande que la de ninguno y lo voy á probar á todos. Voy á colocar en la plaza de la Villa el arco iris.

ROQUE. (Con exrañeza.) ¿El arco iris? Pero señor alcalde, ¿se ha vuelto usted loco también?

ALCALDE. Nada de eso. El arco iris, así como suena, es decir, no sonará.

ROQUE. Como usted no se explique...

ALCALDE. A eso voy. Oigame usted. Entre los fuegos artificia-

les que mandé fabricar al polvorista de la Capital, le dije que me hiciera un arco muy grande con luces de todos los colores, ¿está usted?, y este arco se quemará á lo último después de todos los truenos y bombas explosivas, como señal de paz y tranquilidad; por eso lo llamo yo el arco iris.

ROQUE. Ya.

ALCALDE. Como usted ve, esto no se le había ocurrido á ninguna cabeza de autoridad más que á la mía, que es muy grande aunque sea inmodestia.

ROQUE. No, señor alcalde, ya sé yo que tiene usted mucho talento.

ALCALDE. Vaya si lo tengo. Y si no que lo diga mi mujer, que también vale mucho. Ella es la que me saca de todos los apuros que me ocasiona el cargo. Aquí en confianza, la idea del arco iris es suya, por más que si á ella no se le hubiera ocurrido se me ocurre á mi, de seguro. Ella me dijo: si el alcalde de la capital ha puesto un arco grande, tu vas á poner otro mayor y más alto para que puedas pasar por debajo con toda la holgura y magestad que corresponde á tu cargo. Tu vas á poner el arco iris y el arco iris se pondrá mañana en la plaza del Ayuntamiento, Dios mediante. Mientras tanto, como llegaron esta mañana todos los fuegos artificiales los he metido en los almacenes del pósito, menos el arco, que, como no cabía, lo he colocado provisionalmente en el corral de mi casa apoyando los extremos en las tapias. Luego lo verá usted y verá que cosa tan hermosa.

ROQUE. Bueno.

ESCENA IX

DICHOS y PERICO

PERICO. (Entrando por el foro.) ¡Señor alcalde, señor alcalde! á usted vengo buscando.

ALCALDE. ¿Pues qué ocurre, muchacho?

PERICO. Nada, que traigo del veterinario un encargo para usted.

ALCALDE. Desembúchalo.

PERICO. Como usted sabe, el herrador veterinario del pueblo inmediato ha puesto tienda en esta Villa y muchos de los marchantes que tenía el otro se han ido á casa de éste y el otro quiere que para que no se vayan con éste, que usted le dé permiso para poner en la muestra que él solo es el herrador y veterinario oficial de la Villa.

ALCALDE. Eso es pedir un privilegio para hacerle daño al otro ¿te enteras? y yo no quiero privilegios. Que cada uno viva como pueda.

PERICO. Pero señor alcalde, usted debe favorecer al que sea hijo de este pueblo.

ROQUE. Tiene razón Perico.

ALCALDE. ¿Tiéne razón? Bueno, pues mira, dile que está concedido.

PERICO. Voy corriendo.

ALCALDE. Pero espera, que yo no me fío de ese que es muy bruto y puede poner una barbaridad. Dile, entiéndeme bien, que ponga en la muestra nada más que este letrero: (marcando las frases) "Veterinario y herrador del señor Alcalde y Ayuntamiento de esta Villa." Ni más ni menos.

PERICO. Bueno. (Corre por el foro).

ALCALDE. Hay que estar en todo, señor don Roque, no fuera ese zopenco á poner un disparate.

ESCENA X

DICHOS y CARLOS

CARLOS. (Por el foro). Muy buenos días.

ALCALDE. (Á Roque). (El médico, señor don Roque). Pase usted adelante.

CARLOS. Tal vez sea demasiado temprano para venir.

ROQUE. Nada de eso. Usted viene á su casa á la hora que se le antoje.

CARLOS. Muchas gracias. Mi amor á la medicina y curación de los enfermos hace que me anticipe siempre un poco en las horas de las visitas; pero no puedo remediarlo, yo soy así.

ALCALDE. Y así debían de ser todos los médicos. Debían llegar siempre una hora antes de la que señalase el reloj y se evitarían muchas enfermedades.

ROQUE. Pero siéntese usted. (Llamando en la 1.ª izquierda). ¡María! ¡Rosario! Vengan ustedes que está aqui el señor médico. (Carlos abre la puerta del pabellón, se asoma y vuelve á cerrar).

CARLOS. Pues sí señor, vengo á ver á su hijo de usted.

ROQUE. Ya, ya verá usted. ¡Es una desgracia!

ESCENA XI

DICHOS: MARÍA y ROSARIO

MARÍA. (Por la 1.ª izquierda). Buenos días.

ROQUE. (Presentando á Carlos). El señor médico. Mi mujer y mi hija.

CARLOS. Servidor de ustedes.

MARÍA. Siéntese usted.

CARLOS. (Sentándose). Gracias. (Todos se sientan). Pues bien, puesto que estamos en familia, es decir, los de casa, porque el señor alcalde.....

ALCALDE. El señor alcalde es como si fuera de la familia. Un buen alcalde siempre es pariente de todos sus vecinos y para él no debe haber secretos. Hable usted con toda confianza.

CARLOS. Bien, pues yo deseó que ustedes me hagan una relación de los antecedentes del enfermo y causas que ustedes crean que hayan podido motivar la perturbación mental que padece.

ALCALDE. Bueno.

CARLOS. Por que de este modo podré hacer con más facilidad las observaciones oportunas para su curación.

MARIA. Habla tu, Roque.

ALCALDE Eso, hable usted señor don Roque.

ROQUE. Pues mire usted, don....

CARLOS. Carlos, servidor de usted.

ROQUE. Pues mire usted, don Carlos; Nicolás, que así se llama el chico, estaba estudiando en la capital y al venir el verano pasado por las vacaciones se trajo un libro que siempre estaba leyendo.

CARLOS. ¿Qué libro era ese?

ROQUE. Un libro que se llamaba "Historia del cielo, por *Filemón* ó *Flemón*."

CARLOS. Flanmarión, ya lo conozco.

ALCALDE. (Á María.) (Lo que sabe este hombre y no es alcalde todavía.)

ROQUE. Cuando terminaron las vacaciones, le dije una noche que al día siguiente tenía que marcharse para seguir los estudios y me contestó resueltamente que no estudiaba más. Yo le amenacé y hasta llegué á pegarle, y cuando se despertó por la mañana empezó á disparatar y á no contestar acorde á lo que se le preguntaba.

ESCENA XII.

DICHOS y NICOLÁS.

(Nicolás sale por la puerta del pabellón cubierta la cabeza con un gorro y envuelto en una manta, da precipitadamente una vuelta al rededor de los demás y sube á la azotea.)

ALCALDE. (Á Carlos al ver á Nicolás.) Ahí lo tiene usted.

NICOLÁS. (Dando la vuelta.) ¡No interrumpais la marcha de Saturno! ¡Apartaos!

ROQUE. (Á Carlos.) ¿Quiere usted que lo llame?

CARLOS No señor, ya habrá lugar. Siga usted hablando. ¿Y qué locuras hace? ¿qué extravagancias?

ROQUE. Diré á usted. No contesta por su nombre, sino por Saturno. A su madre la llama Tierra y á su hermana Luna.

CARLOS. Nombres astronómicos.

ALCALDE. Y á mí, señor médico, me llama Táuro, y la verdad és que no me hace ni pizca de gracia este nombre.

CARLOS. ¿Porqué, señor alcalde? Táuro es un signo del zodiaco y viene bien y de acuerdo con su monomanía astronómica.

ALCALDE. ¿Un signo del sobaco? Pues mire usted, yo creí que era un signo de otra cosa. Menos mal.

CARLOS. ¿Y tiene momentos de furia ó siempre está pacífico?

ROQUE. Según y conforme. Por lo general está tranquilo. Siempre en su cuarto ó en su observatorio mirando al cielo, pero hay ocasiones en que se enfurece, y....

CARLOS. ¿No respeta ni obedece á nadie?

ROQUE. Al único que respeta es al señor alcalde, que le obedece en todo lo que le manda.

CARLOS. Vamos, enmedio de su monomanía conserva y respeta el principio de autoridad.

ALCALDE. Sí señor, me sigue como un borrego en cuanto le llamo.

ROQUE. Así es que cuando está en uno de esos momentos, le decimos que lo llama el alcalde y lo mandamos á su casa y á las pocas horas vuelve hecho una malva.

ALCALDE. Por que cuando yo no estoy en casa respeta y obedece á la alcaldesa como á mí mismo.

CARLOS. ¿De modo que usted y su mujer son los únicos que tienen fuerza moral sobre él?

ALCALDE. Los unicos, señor médico.

CARLOS. Me alegro, porque así tendré dos personas que me ayudarán en su curación.

ALCALDE. Con el alma y la vida, porque lo queremos mucho.

ROSARIO. ¿Y tiene usted muchas esperanzas de curarlo?

CARLOS. Señorita, yo haré todo lo humanamente posible.

MARÍA. Dios se lo pague á usted.

ALCALDE. Y ahora, con el permiso de ustedes, me voy porque vamos á constituirnos en cabildo en el ayuntamiento

para seguir acordando los festejos. (Nicolás al oir esto fija su atención de una manera muy marcada en lo que dice el Alcalde.) Don Roque, usted se viene conmigo y el señor médico, si quiere, se puede quedar con estas señoras para observar al enfermo.

ROSARIO. Sí, quédese usted, que nos consuela su presencia.

CARLOS. Señorita....

NICOLÁS. (Desde la azotea con énfasis y fuerte.) Oidme todos. El sol se enfría. Numerosas manchas se presentan en su superficie. Vá perdiendo calor. ¡Qué frío siento! Las zonas glaciales de nuestro globo ya veo que se estienden. Marchémonos todos al ecuador que es el último refugio de la vida. Allí acabará la humanidad y la tierra seca y estéril no será ya más que un inmenso cementerio. Lo mismo le sucederá á todos los planetas. El sol se volverá rojo y luego negro y el sistema planetario no será más que un juego de bolas negras girando en torno de otra bola negra. (Al oir estas voces Blasa y Colás salen por la puerta de la casa y se sientan en los peldaños de la escalera para escuchar á Nicolás.)

ALCALDE. Pero qué de bolas está ensartando.

CARLOS. No, señor alcalde, tiene razón en lo que dice. Esa es una teoría muy admisible del fin del mundo.

ALCALDE. ¿Pero se ha contagiado usted también?

CARLOS. Crea usted lo que le digo.

ALCALDE. ¿De modo que usted cree que se va á enfriar el sol?

CARLOS. Yo no lo afirmo, pero puede suceder.

ALCALDE. ¿Y cuánto tiempo tardará en apagarse?

CARLOS. Millones y millones de años.

ALCALDE. Pues mire usted, ya puede irse enfriando cuando quiera.

NICOLÁS. Pero antes de que ocurra esto, para evitaros una muerte horrible, yo os mataré á todos y me mataré después. ¡Morid! (Baja precipitadamente la escalera en ademán amenazador. Blasa corre asustada y se vá por la 1.ª puerta de la casa. Colás corre y se marcha por el foro. Todos los demás se ponen de pié sobresaltados y el alcalde se adelanta con miedo hácia Nicolás.)

ALCALDE. (Con voz entrecortada.) ¡Saturno, Saturno! Hijo mío, que

soy el alcalde. Obedéceme, cálmate.

NICOLÁS. (Inclinándose con respeto.) ¡Señor!

ROQUE. Señor alcalde, conviene que se lo lleve usted á su casa.

ALCALDE. Bueno. Vénga usted y de paso que vamos para el ayuntamiento lo dejaremos con la alcaldesa. Síguenos, Saturno. Hasta luego.

CARLOS. Vayan ustedes con Dios.

(Se van por el foro el Alcalde, Roque y Nicolás.)

ESCENA XIII

MARÍA, ROSARIO y CARLOS

MARÍA. Ya ve usted.

CARLOS. Es particular. Obedece ciegamente las órdenes del alcalde como sugestionado.

MARÍA. Siempre, señor médico.

CARLOS. Eso es un buen síntoma.

ROSARIO. ¿De modo que usted cree que se curará?

CARLOS. Yo creo que con el tiempo y sometido á cierto régimen, conseguiremos algo, por más que en esta clase de enfermedades no se puede asegurar nada. También puede ocurrir que cuando menos se piense vuelva á la razón. Una impresión fuerte que reciba, bien de alegría, dolor ó miedo, puede poner fin á la perturbación que padece.

MARÍA. Dios quiera que suceda así.

ROSARIO. ¡Pobre Nicolás!

CARLOS. Ahora, si ustedes me lo permiten, yo desearía inspeccionar su habitación y el observatorio para poder después, en vista de lo que allí note, determinar el plan curativo á que lo hemos de someter.

MARÍA. Si señor, lo que usted quiera. Nosotras nos marchamos y puede usted con toda libertad, registrarlo todo.

CARLOS. Bien, señora.

ROSARIO. (Á Carlos.) (Que Dios te ilumine.)

CARLOS. (Á Rosario.) (Adios, vida mía!)

(María y Rosario se van por la 1.ª puerta.)

ESCENA XIV

CARLOS Y COLÁS

CARLOS. En estas enagenaciones mentales se ven cosas tan raras.... (meditando.) Solo obedece y respeta al alcalde y su mujer. Veremos la habitación. (Entra en el pabellón.)

COLÁS. (Por el foro con un saco de lona, que forma un bulto, dirigiéndose á la 2.ª puerta.) No, pues lo que es ahora no me riñe más la señá María. Lo que es ahora no se llevan más los ratones la comida de los pájaros. (Entra.)

CARLOS. (Saliendo del pabellón con un retrato en la mano.) Un retrato de mujer. ¡Y que hermosa es! Tiene debajo escrito "Planeta Venus." Verdaderamente es una Venus. El loco entiende de gustos.(Meditando.) Estaba metido el retrato en el libro de Flaumarión y en el capítulo que trata de los planetas. ¡Cosa más rara! (Meditando. Colás sale por la 2.ª puerta y se vá por la 1.ª, sin el saco.) Vaya usted á tomarle atadero á las extravagancias de un loco.

ESCENA XV

CARLOS y PERICO

PERICO. (Por el foro corriendo.) ¡Señá María, señá María!

CARLOS. ¿Que deseaba usted?

PERICO. ¿Y la familia?

CARLOS. Está dentro de la casa.

PERICO. Usted es si no me equivoco el...

CARLOS. El médico, si señor.

PERICO. Me alegro encontrarle á usted, porque he visto que Nicolás iba con el alcalde, que lo ha dejado en su casa, y me figuré enseguida que había tenido un ataque

de furia y venía para ver lo que había pasado.

CARLOS. Pues nada. Tuvo el momento de furor, pero estaba aquí el alcalde y se calmó inmediatamente. ¿Es usted amigo de Nicolás y lo ve con frecuencia?

PERICO. Si señor, muy amigo, lo quiero mucho y lo veo todos los días.

CARLOS. Bien. Usted me ayudará para curarlo. Por el pronto hágame usted el favor de subir conmigo que voy á examinar el observatorio (Sube.)

PERICO. (Subiendo.) Verá usted que de cosas tiene ahí.

CARLOS. Una manta.

PERICO. Porque muchas veces le da frío.

CARLOS. Un globo terráqueo.

PERICO. Nó, señor médico, nó, eso es el mundo.

CARLOS. ¡Ya! Un espejo.

PERICO. Para meterle el sol en los ojos al que mira para aquí de día.

CARLOS. Una calavera en una caja.

PERICO. ¡No la toque usted por Dios!

CARLOS. ¿Porque, hombre?

PERICO. Porque esa es la cabeza de un vecino de la luna y todo el que la toca rebuzna enseguida.

CARLOS. Y que bien conservada está y que limpia.

PERICO. ¡Toma, ya lo creo, como que yo la enjabono todos los días!

CARLOS. ¿Sí? Tiene usted razón. Ya veo que no debo tocarla. Un anteojo.

PERICO. No señor. Eso es un *tiliscopio* para mirar al cielo. Pero no se ve nada con el, porque yo he mirado muchas veces y nada, solo una vez que miré al sol por poco me quedo ciego.

CARLOS. Esto es un anteojo de larga vista. (Mirando por él.) ¡Y qué bueno es! Tiene una gran potencia. (Lo dirije á varios lados del foro.) ¡Qué cerca pone los objetos! ¿Pero qué veo?

PERICO. ¿Qué le pasa á usted?

CARLOS. (Mirando con atención.) ¡Si, es él, no hay duda! (Retirándose.) Mire usted por aquí sin mover el anteojo. (Perico

mira.) ¿Qué ve usted?

PERICO. Las casas del pueblo.

CARLOS. ¿No ve usted un corral donde hay un arco grande de madera?

PERICO. Si señor. Ese es el corral del señor alcalde y ese arco es de fuego para los festejos.

CARLOS. Mire usted hacia abajo. ¿Y ahora que ve usted?

PERICO. Ahora veo (alzando la voz sorprendido) ¡á Nicolás, si á Nicolás que está abrazando á la alcaldesa! ¡Anda, anda, y como la aprieta! ¡La va á ahogar!

CARLOS. ¿Esta usted seguro de que es la mujer del alcalde?

PERICO. Si señor, digo, si la conoceré yo.

CARLOS. (Enseñándole el retrato.) ¿Conoce usted este retrato?

PERICO. Vaya, ya lo creo. El retrato de la alcaldesa. El planeta Venus como la llama Nicolás.

CARLOS. ¡Silencio! No diga usted á nadie una palabra de lo que ha visto. Voy á curar á Nicolás. (Baja la escalera.)

PERICO. Bueno, descuide usted.

CARLOS. (Ah, pillo. ¡Nos está engañando á todos! ¡Su locura es fingida! ¡Ese es el respeto que tiene á la autoridad!)

PERICO. ¡Señor médico, señor médico!

CARLOS. ¿Que?

PERICO. Que sigue abrazandola.

CARLOS. ¿Si, eh? Que siga, que siga. Ya acabará. (¿Habrá tunante mayor?)

PERICO. (Mirando por el anteojo.) ¿Pero qué hace aquel muchacho que se encarama á la tapia del corral? Le prende fuego al arco ¡Jesús! y que pronto arde. Nicolás y la alcaldesa echan á correr. ¡Qué luces tan bonitas! Señor médico, suba usted, suba usted y verá el arco iris ardiendo.

CARLOS. No, si ya me figuro como es.

PERICO. ¡Que cosa tan preciosa! ¡Como corre la gente para verlo! Nicolás sale de la casa á escape y viene hacia acá muy asustado.

CARLOS. ¿Dice usted que viene Nicolás corriendo?

PERICO. Si señor.

CARLOS. Pues márchese usted que no conviene que vea aquí

á nadis más que á mi y de este modo se curará más pronto. (Perico baja.) Sobre todo, no diga usted lo que ha visto.

PERICO. Bueno, bueno. Me voy á ver el arco. (Se va por el foro.)

ESCENA XVI

CARLOS y ROSARIO

ROSARIO. (Por la 1.ª izquierda. ¡Carlos!

CARLOS. ¿Que quieres, Rosario?

ROSARIO. ¿Has visto algo que pueda servir para curar á Nicolás?

CARLOS. He visto mucho más de lo que yo pensaba.

ROSARIO. ¿Si? ¡qué alegría! ¿De modo que hay esperanza?

CARLOS. De que muy pronto vuelva á la razón. Tal vez antes de lo que tu imagines. Hoy mismo quizás.

ROSARIO. ¿Que estás diciendo?

CARLOS. Lo que oyes. Déjame que necesito estar solo.

ROSARIO. Adiós. Mira que me voy muy impaciente. (Se va por la 1.ª puerta.)

ESCENA XVII

CARLOS y NICOLÁS

CARLOS. (Asomándose por el foro.) Ahí viene. Me ocultaré aquí. (Entra en la 2.ª puerta.)

NICOLAS. (Entrando por el foro jadeante y agitado volviendo la cara como si lo siguieran y se sienta.) ¡No me ha visto nadie! El muchacho tal vez... Pero no, tampoco, tampoco; cuando asomó la cabeza por la tapia ya me había yo... (Tranquilizándose,) ¡Buen susto he llevado!

CARLOS. (Sale por la 2.ª puerta y colocándose sigilosamente detrás de Nicolás le da un golpecito con la mano en el hombro.) ¡Es usted un pillo!

NICOLÁS. (Levantándose sobresaltado.) ¡Eh! ¿Quien anda ahí? (Indignado al ver á Carlos.) ¡Caballero!

CARLOS. (Con tranquilidad.) ¡Lo dicho, es usted un pillo!

NICOLÁS. (Reponiéndose y fingiendo la demencia.) ¡Yo soy *Saturno*! ¡Mírame el anillo!

CARLOS. (Con ironía.) ¿Conque eres Saturno, eh? Bueno. (Con la entonación de Nicolás.) Pues Saturno, sube conmigo al observatorio que te voy á enseñar un nuevo cometa que he descubierto.

NICOLÁS. (¿Qué dice este hombre?) (Con entonación.) ¡Subamos!

(Suben los dos.)

CARLOS. Mira por el telescopio hacia el frente.

NICOLÁS. (Mirando.) No veo nada.

CARLOS. (Con entonación y gravedad.) Sí, mira un corral donde todavía se ven las luces de un arco de fuegos artificiales.

NICOLÁS. (Retirándose sobresaltado y con temor.) ¿Eh?

CARLOS. Pues bien, en ese sitio hace poco ha ocurrido un terrible choque de dos planetas. Saturno y Venus se abrazaban estrechamente.

NICOLÁS. (Con humildad y suplicante.) ¡Caballero por Dios, no me descubra usted!

CARLOS. ¡Ah, farsante! ¿Ha estado usted engañando á su familia con su fingida locura?

NICOLÁS. Perdóneme usted, ya estoy arrepentido y me enmendaré.

CARLOS. En ese caso, y si el arrepentimiento es verdad, no tema usted nada. Pasará usted por que lo he curado, por que sinó otro se encargará de hacerlo.

NICOLÁS. Lo que usted quiera.

CARLOS. Bien. Entre usted ahora en su habitación de donde no saldrá hasta que se le llame. (Bajan los dos.)

NICOLÁS. (Entrando en el pabellón.) ¡Por Dios, no vaya usted á descubrirme!

CARLOS. Esté usted tranquilo.

ESCENA XVIII

CARLOS y ROQUE

ROQUE. (Presuroso por el foro.) ¿Ha venido mi hijo?

CARLOS. Sí señor. Ahí está en su habitación.

ROQUE. Pero, ¿se ha quemado?

CARLOS. No le ha pasado nada, tranquilícese usted.

ROQUE. Yo quiero verlo.

CARLOS. No puede ser. Está muy agitado por la impresión del fuego y no conviene que se le hable ahora.

ROQUE. ¿Se pondrá peor?

CARLOS. Ó mejor, quién sabe. Tal vez el susto que ha llevado sirva de mucho para su curación.

ESCENA XIX

DICHOS y EL ALCALDE

ALCALDE. (Por el foro precipitadamente.) Señor don Roque, ¿le ha sucedido algo á Nicolás?

ROQUE. No señor. ¿Y á la alcaldesa?

ALCALDE. Tampoco. Buen susto he pasado, por que me dijeron que el hijo del veterinario, que es el que ha pegado fuego al arco, iba gritando por la calle: ¡fuego! ¡fuego! ¡que se abrasan el loco y la alcaldesa! y llegué á mi casa creyendo encontrar á mi mujer achicharrada, pero gracias á Dios está sana y salva. No tiene más que el susto como todos.

ROQUE. ¿De modo que ha sido el hijo del veterinario?

ALCALDE. Sí señor, ese es el delincuente. Así me paga el haberle concedido á su padre, el ser mi proveedor y del Ayuntamiento; pero no se escapará sin su merecido. Ya he dado orden á Perico para que le prenda y lo traiga á mi presencia.

ESCENA XX

DICHOS: PERICO y EL NIÑO por el foro, MARÍA y ROSARIO por la 1.ª puerta

PERICO. Aquí lo tiene usted, señor alcalde.

MARÍA. ¿Qué pasa?

ROSARIO. ¿Qué sucede? (Carlos figura hablar con las dos.)

ALCALDE. Que se acerque el reo. Vamos á ver ¿Tu has prendido fuego al arco que estaba en el corral de mi casa?

NIÑO. Yo no señor.

ALCALDE. No mientas porque te han visto muchos vecinos, y vas á escapar peor. Di la verdad.

NIÑO. Sí señor.

ALCALDE. Y tu ibas gritando por la calle ¡que se abrasan el loco y la alcaldesa! ¿No es verdad?

NIÑO. Sí señor.

ALCALDE. ¿De modo que tu le pegaste fuego para que se abrasaran?

NIÑO. No señor, si antes que yo encendiera el arco ya se estaban abrazando los dos.

ALCALDE. ¿Qué dices?

CARLOS. Claro, ya se estaban quemando porque otro niño le había prendido fuego por el otro extremo.

ALCALDE. ¿Pero hay otro niño incendiario?

CARLOS. Vaya si lo hay.

ALCALDE. Á ver, que lo busquen inmediatamente, que lo que es como no tenga alas no se me escapará.

CARLOS. ¡Vaya si las tiene! No se canse usted, señor alcalde, ese otro voló.

ALCALDE. Bueno, pues este pagará su culpa y la del otro.

CARLOS. Este niño no es culpable.

ALCALDE. (Con estrañeza.) ¿No?

CARLOS. No señor. El culpable soy yo que le dije que si encendía el arco se ganaba un duro, y en efecto se lo ha ganado. Tómalo. (Dando un duro al niño y mirándolo con fi-

jeza.) ¿No es verdad que yo te lo mandé?

NIÑO. (Mirando un instante á Carlos con estrañeza y comprendiendo la mirada de éste.) ¡Sí señor, sí señor!

CARLOS. Pues vete y gástalo en lo que quieras.

NIÑO. (Corriendo por el foro, muy contento.) ¡Viva el señorito!

ESCENA XXI

DICHOS menos EL NIÑO

ALCALDE. Pero diga usted, señor médico, ¿por qué mandó usted quemar el arco?

CARLOS. Pues es bien sencillo. Sabía que estaba allí Nicolás y quise que experimentara una emoción fuerte para ver si conseguía aliviarlo.

ALCALDE. ¡Yá!

MARIA. ¿Y ha conseguido usted algo?

CARLOS. Creo que sí, señora. Nicolás está curado.

ALCALDE. ¿Qué dice usted?

ROQUE. ¿Es verdad?

ROSARIO. ¡Gracias, Dios mío!

MARIA. ¿Pero es cierto?

CARLOS. Es verdad. Pueden ustedes llamarlo.

ROQUE. (Llamando á la puerta del pabellón.) ¡Nicolás! ¡Nicolás!

ESCENA XXII

DICHOS y NICOLÁS

NICOLÁS. (Saliendo.) ¿Qué quiere usted, padre?

ROQUE (Con alegría.) ¡Abrázame, hijo mío! (Nicolás lo abraza figurando hablar con María y Rosario.)

ALCALDE. ¡Era verdad! ¡Yo estoy asombrado! Este médico es un portento. Señor don Carlos, desde hoy se le asignan á usted mil pesetas más de sueldo, que á las eminencias me gusta á mi pagarlas y como veo que des-

pués de mi cabeza la más grande es la de usted, usted me sustituirá en la alcaldía cuando yo esté enfermo.

CARLOS. Gracias, señor alcalde.

ROQUE. Don Carlos, pida usted lo que quiera que se lo daré con el alma y la vida.

CARLOS. No quiero nada y quiero mucho.

ROQUE. Diga usted sin miedo.

ALCALDE. Eso, sin vergüenza.

CARLOS. Quiero casarme con Rosario.

ROQUE. (Con extrañeza.) ¿Qué dice?

ROSARIO. Si, padre, somos novios desde hace mucho tiempo.

ROQUE. Pues casarse, hijos míos.

ALCALDE. (Con tristeza.) ¡Qué lástima de arco! ¡Haberse quemado de día!

CARLOS. Pero señor alcalde, ¿cuando ha visto usted el arco iris por la noche?

ROQUE No se apure usted. Puesto que ha servido para curar á Nicolás mande usted hacer otro que yo lo pago.

ALCALDE. Bueno.

ESCENA ÚLTIMA

TODOS

BLASA. (Saliendo precipitadamente con un gato cogido por el cuello y colocándose enmedio de todos.) ¡Señá María, señá María!

MARIA. ¿Qué es eso?

BLASA. ¿Quién ha metido este gato en la pajarera?

MARIA. ¿Un gato?

ROQUE. Ese ha sido el bruto de Colás.

BLASA. Se ha comido unos cuantos canarios y ha matado los demás.

MARIA. (Llamando). ¡Colás, Colás!

COLÁS. (Por la 1.ª puerta.) ¿Qué manda usted, señá María?

MARIA. ¿Tú has metido este gato donde están los pájaros?

COLÁS. Si señora.

MARIA. (Furiosa.) Pedazo de animal, ¿y por qué has hecho eso?

COLÁS. Toma, para espantar á los ratones que se llevaban la comida de los canarios.

ROQUE. (Dándole un empujón.) ¡Quítate de enmedio, borrico!

CARLOS. (Á Nicolás.) (Ese si que no se cura.)

ALCALDE. (Al público.)

El autor del juguete
representado,
pide que le perdonen
si no ha gustado.

TELÓN.

NOTA. — Gracias á todos los artistas que estrenaron este juguete por la excelente interpretación que hicieron de sus respectivos papeles.

G. y M.

DEL MISMO AUTOR

LOS GEMELOS, juguete cómico en un acto y en prosa.

Á SOLAS CON TODO EL MUNDO, monólogo cómico en prosa.

LOS MONIGOTES, juguete cómico en un acto y en prosa (2.ª edición.)

LOS CARCAMALES, juguete cómico en un acto y en prosa.

PARA LAS ÁNIMAS, comedia en un acto y en prosa.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librería de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo,* calle de Alcalá; de *Córdoba y Compañía,* y de *Rosado,* Puerta del Sol; de *Simón* y *Osler,* calle de las Infantas, y de *D. S. Calleja,* calle de la Paz.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administración* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.